



Torres, Adrián

## El empuje de lo colectivo



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución - Sin Obra Derivada 2.5  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

*Cita recomendada:*

Torres, A. (2024). *El empuje de lo colectivo*. Lado B, 1(1), p. 5-6. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes  
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/5818>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

## EL EMPUJE DE LO COLECTIVO

Por Adrián Torres

A mis 44 años de edad me tocó atravesar la peor crisis vital que pueda relatar. El 5 de noviembre de 2020 en pleno caos, incertidumbre sanitaria, aislamiento, restricciones laborales, preocupaciones y ansiedad generalizada, estalló en mí una bomba que logró superar ampliamente todo lo que la pandemia vino a desestabilizar.

Ese fatídico día, recibí en mi casa a una persona que decía venir por unas consultas referentes a la denuncia que me tenía como imputado. Podría describir perfectamente cómo se había desarrollado mi día laboral, las actividades escolares que habíamos resuelto vía online con mi hijo y las tareas de casa hasta el momento de recibir estos inesperados invitados. No creo tener palabras suficientes para relatar el estado emocional que luego se convertiría en sensaciones físicas que me invadieron al escuchar que venían con una orden de arresto para detenerme en lo que se denomina una prisión preventiva. A partir de ahí todo cambió, un antes y un después, un momento bisagra, esas diagonales que a veces agarrás y vas a parar a cualquier lado.

Estuve cuatro meses detenido incomunicado en una alcaldía para después ser trasladado al mismo penal que me alberga hace casi cuatro años. Me llevó aproximadamente un año poder rearmarme emocionalmente como para poder tener pensamientos racionales. Ese es el tiempo que debió pasar para adaptarme a mi nuevo entorno y sus rutinas. Fue ahí donde entendí que además de mi ocupación diaria, mi obsesión por

demostrar mi absoluta inocencia, debía volver a esa otra realidad de toda mi vida: tener mi cabeza ocupada en cosas productivas, en trabajar y seguir capacitándome.

Conseguí un trabajo que me permitía salir del pabellón donde estaba alojado y poder brindar una prestación de servicio pero sobre todo estar la mayor cantidad de tiempo en un ámbito mucho más apacible. Estando afuera, pude enterarme de que existía una escuela dentro del penal, una que brindaba estudios primarios y secundarios. Siendo universitario tenía pocas alternativas para poder estudiar. Por suerte, con el paso del tiempo y con acertadas decisiones políticas, la Universidad Nacional de Quilmes se acercó al complejo Varela para poder brindar distintos talleres y cursos. Me inscribí y participé con gran expectativa, ya que después de muchos años volví a ser parte de un aula y volví a sentirme un alumno.

Los primeros pasos fueron un taller de cooperativismo muy interesante ya que estaba dado por talleristas que habían hecho una tecnicatura en la misma casa de estudios. Esos primeros pasos se transformaron al año siguiente en una diplomatura en economía social y solidaria, por supuesto que me volqué de lleno. Sentí que era lo mejor que podía hacer: focalizar mis pensamientos en seguir capacitándome y detener esa rumia incesante sobre aquella crisis vital que casi me dejaba sin aire.

Dos años después puedo decir que lo aprendido es inmensurable. Primero aprendí que la economía social y solidaria es una alternativa al terrible sistema destructivo del capitalismo. Aprendí que existe y que se aplica hace mucho tiempo, que es la respuesta que encontró la sociedad a grandes necesidades que otros sistemas no pueden aportar. Pero no solo aprendí sobre economía. Aprendí a sentarme en un aula de otra manera, de una manera en la que todos estamos enfrentados, podemos vernos las caras y escuchar lo interesante que tenemos para aportar. Aprendí que una comunidad de aprendizaje se gesta en cualquier área, bajo cualquier contexto y con la más amplia heterogeneidad.

Aprendimos por medio de esta economía social y solidaria que lo más importante que podemos hacer es generar lazos, tender redes, construir vínculos. Diagnosticar y reconocer necesidades y afrontarlas con gestión de ideas. Que desde el individualismo poco se puede lograr ante contextos desfavorables; lo colectivo tiene otro empuje, está cargado de experiencias personales, recorridos, saberes heredados y problemas que nos atraviesan a todos por igual.

Aparentemente, las aulas nos quedaban chicas así que esta buena gente decidió amontonarse en un centro de estudiantes de una de las unidades que sirvió como sede para algunos encuentros en los que seguimos reconociéndonos, cruzándonos, escuchándonos y tendiendo redes.

En estos días, estamos cerrando otra etapa y al escuchar a mis compañeros solo surgen palabras de agradecimiento para aquellos docentes de estas comunidades de aprendizaje. Estos convencidos ideológicamente de que hay alternativas, de que se puede hacer más con pequeñas diferencias, de que vale la pena.

Por mi parte, solo puedo decir GRACIAS con mayúsculas por haberme rescatado de ese pozo en el que me encontraba, por haberme enseñado el gran valor que tiene la comunidad, por haberme permitido formar parte de ella y generar mis aportes. Mi compromiso es recuperar mi libertad, recuperar mi vida tal cual la dejé antes de entrar en este paréntesis y poder visitar la universidad para relatar nuestra experiencia.